

CARLOS FORTIN GAJARDO

¿EXISTE LA VERDAD CON VALI- DEZ UNIVERSAL?

AL TRAVES de los siglos e inexorablemente, los sofistas han sido víctimas de la injusticia histórica. Unos pocos historiadores de la filosofía, apartándose de prejuicios, señalan, sin embargo, el rol de tan extraordinaria importancia que cinco siglos antes de Jesucristo asumieron estos deambulantes maestros de sabiduría.

Los sofistas, poseedores de una brillante oratoria y de un claro concepto acerca del valor del hombre, concentraron la admiración de la juventud ateniense durante el siglo de Pericles. Vestían llamativos mantos y hablaban con un enorme poder de convicción sobre problemas hasta ese instante desconocidos. Su retórica, rica en matices, no hallaba obstáculo alguno en la exposición de tesis y antítesis, para sostener con lucimiento y habilidad el pro y el contra de una causa.

La democracia ateniense fincaba las posibilidades de los individuos en el poder de sus condiciones oratorias. Mediante el ejercicio de ellas era posible escalar honores y fama, como asimismo, ganar el favor de las multitudes. De allí que la enseñanza de los sofistas adquiriera tan señalada importancia.

Pero los sofistas no fueron únicamente maestros de oratoria. Señalaron a la filosofía algunas normas fundamentales, entre ellas, la necesidad de enderezar la investigación hacia el campo antropológico, esto es, plantearon el problema del conocimiento.

Hasta la aparición de la sofística la preocupación principal de los sabios griegos estuvo centrada en el estudio de la naturaleza o "physis". En otras palabras, en un comienzo la filosofía fue física, material y sus investigaciones se asentaban fundamentalmente en las cosas externas.

Se cuenta, al respecto, que Tales de Mileto, abstraído por la observación de algún fenómeno celeste, cayó cierto día en un pozo.

Este hecho causó gran hilaridad a su vieja criada, la cual exclamó: "Quiere saber las cosas del cielo y no ve lo que hay debajo de sus pies".

En una oportunidad se preguntó a Pitágoras por qué razón vivía, a lo cual el célebre filósofo respondió: "Para considerar el cielo y las estrellas". Anaxágoras, acusado de no velar por su mujer, por sus hijos y por su Patria, dijo, señalando con la mano hacia el cielo: "Allí está mi patria".

Los sofistas tuvieron la audacia de enfrentar al hombre consigo mismo, de proclamarlo como el microcosmos, esto es, como el centro de la preocupación filosófica. Sostenían que el hombre de carne, hueso y espíritu, era más que uno de los tantos fenómenos del Cosmos. Miremos —decían— hacia adentro, hacia nuestro propio pensamiento y naturaleza más que al mundo externo.

Su maravillosa audacia los llevó a atacar duramente la leyenda. ¿Qué son los dioses tan temidos, después de todo? ¿Tal vez hombres mortales divinizados por sus admiradores? ¿Tal vez simples nombres que se da a fenómenos naturales inexplicables?

Algunas de estas atrevidas ideas surgidas en un medio politeísta y estrechamente dogmático, quedaron expuestas por Protágoras en su libro "De los dioses o acerca de la verdad", que fue leído en Atenas, en casa de Eurípides y luego en el Liceo, gimnasio que más tarde se convertiría en la escuela peripatética de Aristóteles.

El libro comenzaba con estas quemantes palabras: "De los dioses no sabré decir si los hay o no los hay, pues son muchas las cosas que prohíben el saberlo; ya la oscuridad del asunto, ya la brevedad de la vida del hombre".

Tal principio agnóstico de su tratado le valió el destierro de Atenas acusado de *asebia* (del griego "asebeia": impiedad, irreligiosidad) y que los ejemplares de su obra fueran recogidos de manos de quienes los poseían y "quemados en el foro, a voz de pregonero".

La sofística separa dos etapas de la filosofía: la cosmológica y la antropológica. De allí que Alexis Carrel sostenga que la posición de los primeros filósofos con relación al conocimiento fue como la posición del niño frente a este mismo problema. Primero se preguntaron acerca de lo que les rodeaba y luego se preocuparon de ellos mismos.

En efecto, los filósofos presocráticos creían que nuestra conciencia subjetiva estaba íntimamente adherida a la realidad objetiva. De allí que nuestra real información para la verdad de un criterio debería ser la objetividad. De este modo, el color, la dureza, la blandura o el olor, constituían propiedades inherentes a las cosas mismas. Para

el sofista, en cambio, tales propiedades viven sólo en nuestra conciencia y están regidas por la ley de la relatividad.

De ahí que Protágoras, el conductor principal de esta escuela, planteara problemas que desafían los siglos como aquel de que "el sujeto determina el objeto". En consecuencia, no existe una verdad con carácter universal. El hombre —decía Protágoras—, es la medida de todas las cosas. "Para el que existe, existen las cosas; para el que no existe, no existen. Nosotros atribuimos la existencia a las cosas, pero las cosas no existen sin nosotros".

He aquí algunos paradigmas: "Para el enfermo las cosas son diferentes de cómo las ve un sano; dos opiniones opuestas sobre el mismo problema pueden ser igualmente fundamentadas como verdaderas. La misma agua parece a una mano, caliente y a la otra, fría y es absurdo preguntar cuál tiene la razón".

Es indudable que la filosofía de Heráclito acerca del eterno flujo de las cosas gravita en el pensamiento sofístico para proclamar que la verdad no puede concebirse como algo permanente y absoluto, pues el devenir constituye una inexorable transformación.

Por otra parte, se recuerda que ya Homero proclamaba este relativismo al afirmar que "de dos hombres que caminan juntos, el uno ve lo que el otro no ve. En consecuencia, todas las condiciones están en movimiento y flujo continuo".

Se diría que este relativismo del *homo mensura*, llevado hasta sus últimas consecuencias, niega toda verdad. Los sofistas se encargaron de proclamar, por el contrario, que toda falsedad quedaba negada", ya que, lo que se afirma en un momento determinado tomando como medida al hombre que lo juzga, siempre es verdadero". De este modo, la crítica relativista y a la vez absolutista de Protágoras —como bien apunta Ferrater Mora— se dirigía desde un punto de vista sensualista contra todos los que pretendían verdades invariables y universales.

Filósofos posteriores reafirman estos conceptos acerca de la no existencia de una verdad común. Ortega y Gasset, en su teoría del punto de vista, coincide con Protágoras al sostener que la realidad no puede ser mirada "sino desde el punto de vista que cada cual ocupa fatalmente en el Universo".

Edmundo Husserl nos recuerda, a su vez, el relativismo de los sofistas y, en particular a Protágoras cuando sostiene que "cada uno tiene su lugar desde donde ve las cosas que están ahí delante y por eso se le presentan a cada uno las cosas de diversas maneras. También son para uno, diversos, los campos de percepción, de recuerdos, de emociones".

Por su parte, el pragmatismo y tendencias epígonas son indudable-

mente relativistas. Niegan que alguna verdad o dogma puedan aceptarse permanentemente. Paulsen sostiene que nada existe en el mundo orgánico que permanezca de un modo absoluto. Lo mismo ocurre en el orden intelectual; todo en él, es mudable. Cassirer afirma que es inútil pretender la conservación de formas de verdad del entendimiento humano, al paso que Rodolfo Eucken, filósofo y Premio Nóbel de Literatura, dirá que "la verdad es hija del tiempo".



Protágoras, el más famoso de los sofistas griegos, era natural de Abdera y nació en el año 485 antes de Jesucristo. Fue discípulo del gran Demócrito, fundador de la Escuela Atomística.

Según una tradición, cierto día —el que más tarde sería indiscutido jefe de la escuela sofística—, se encontró con Demócrito, el cual quedó asombrado de la disposición geométrica admirable con que Protágoras portaba un haz de leña. Trabaron conversación y desde entonces comenzó la convivencia de maestro y discípulo. En la escuela de Abdera bien pronto el joven Protágoras fue conocido con el pseudónimo de "Sabiduría".

Hay una coincidencia entre el significado de su nombre y el rol de tan señera importancia que le cupo desarrollar en la filosofía. No se sabe, a ciencia cierta, si tal nombre le fue dado por sus padres o adoptado por el sofista cuando asumió sus labores didácticas. Porque "próto", en el idioma griego, significa "primero, superioridad" y "ágora", juntar, reunir y, por extensión, la plaza pública en las ciudades de la Grecia antigua, como también, la asamblea que allí se celebraba. Protágoras quiere decir, entonces, "el primero en la asamblea". Y como si esto no fuera suficiente, "protagón" significa "ir primero, conducir, guiar, ir delante".

La disputa surgida entre Sócrates y los sofistas se debe, en parte considerable, a que éstos cobraban honorarios por sus lecciones y al desprecio que sentían los filósofos por quienes vendían su sabiduría. Es así como desde Sócrates el vocablo *sofista* ha tenido significación peyorativa. Los acusaban, además, de petulancia, por el hecho de denominarse a sí mismos, sofistas (sabios), en tanto aquéllos con suma modestia, sólo pretendían ser *filósofos* (amantes de la sabiduría).

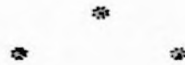
Protágoras, junto a Hippias el historiador, a Gorgias, el retórico y político y a Pródico, el gramático, fueron los primeros en cobrar por sus lecciones. Según testimonio de los antiguos, Protágoras exigía

cien minas por la enseñanza. Otros dicen que dejaba a los alumnos el derecho de fijar precio por las lecciones.

Es famosa su querrela con Evatlo, uno de sus más aventajados discípulos. Al efecto, pactó Protágoras con su discípulo Evatlo, de enseñarle oratoria forense por cierta paga con la condición que éste "daría de entrada la mitad de aquel tanto o de aquella cantidad, y la otra mitad luego que defendiese algún pleito y lo ganase". Como pasare mucho tiempo sin verificarse la condición pactada, pidió Protágoras el resto de la deuda, a lo cual replicó Evatlo que no había defendido ni ganado causa alguna.

Protágoras le puso pleito y hallándose ambos ante los jueces, dijo Protágoras: "Sábete oh necio joven que de cualquier modo que este pleito salga debes pagarme, pues si te condenan a ello me habrás de pagar por sentencia y si te libras, me pagarás por nuestro pacto". A esto respondió el aventajado discípulo: "Sabed también, oh sabio maestro, que por todo lo mismo no debo yo pagaros, pues si los jueces me absuelven quedo libre por sentencia, y si pierdo el pleito lo quedo por vuestro pacto, porque todavía no habré ganado causa alguna..."

En esta duda, no se atrevió el tribunal a resolver.



En el estrato cultural el legado sofístico adquiere inigualada magnitud. Afirma Jaeger que la sofística constituye, en la acepción más propia, un acontecimiento de tipo educador. Los sofistas, en efecto, fueron los primeros maestros en el sentido de dedicarse a la transmisión de la enseñanza. Actuaron, acaso sin imaginar las proyecciones de sus prédicas, para hacer del juego de las ideas y de la difusión de la cultura, un virtual magisterio público, respaldado por el digno salario. Y agrega: "Con los sofistas entra en el mundo y recibe un fundamento racional, la "paideia", en el sentido de una idea y una teoría consciente de la educación.

En efecto, la Paideia, es la educación en el concepto griego clásico, la crianza del niño. En su primer sentido llega a comprender en sí "el conjunto de todas las exigencias ideales, corporales y espirituales, en la medida de una formación espiritual plenamente consciente".

De allí que destaque Jaeger que con los sofistas entra en el mundo un sentido revolucionario que más tarde sería guía y señero de la pedagogía.

Como consecuencia del desarrollo de tales ideas en muchas ciudades griegas se había instituido una magistratura a cargo de un "paidónomo", el cual tenía como misión pedagógica y didáctica, la de vigilar la conducta de los niños. Como se sabe, en la antigua Grecia se rendía especial homenaje a la experiencia y es así como tal cargo de responsabilidad sólo podía ser desempeñado por personas idóneas y mayores de cuarenta años.

Será conveniente repetir que, pese a los muchos detractores de la sofística al través de más de 24 siglos y a la significación peyorativa que se ha dado en muchos casos, y con tanta ligereza, a la palabra "sofista", esclarecidos filósofos e historiadores reconocen que debemos a Protágoras haber llevado, entre otras cosas, el ingenio griego a un grado de extrema agudeza y haber afinado el lenguaje, estudiando hasta la nimiedad todos los aspectos y sentidos de las palabras.

En éste y en otros terrenos, Sócrates fue también un sofista.